

Queridos hermanos:

el día 6 de agosto la comunidad del Sagrado Corazón de Jesús de La Plata realizó su retiro mensual; después de la cena tuvieron la feliz idea de visitar a una querida reliquia de la casa y de la inspectoría, el

P. Felipe Salvetti

El P. Director, P. Juan Velazco le administró la unción de los enfermos y al concluir le pidió un recuerdo para toda la comunidad. El Padre los miró y con esa sonrisa vivaz de los momentos de plena lucidez les dijo: "**Háganse buenos!**" A la mañana siguiente, el día de San Cayetano, patrono del trabajo, el Dueño de la viña lo llamó para hacerle entrega del premio tan largamente soñado y esperado: el cielo. Eran las 6 y 15. "Para el salesiano, la muerte está iluminada por la esperanza de entrar en el gozo del Señor" (Const. art. 54).

1.- EL AMBIENTE FAMILIAR Y SUS PRIMEROS AÑOS

Había nacido en Sale Langhe, suburbio de Ceva de la provincia de Cúneo el 20 de febrero de 1899. Era un pueblecito de agricultores contando unos 1.400 habitantes. Su papá, Juan Bautista era un agricultor de modesta condición. En su pequeña chacra cultivaba cereales, nogales y viñas. Se daba mañas para trabajar como carpintero. Hacía los propios muebles y los de los vecinos.

Su mamá, Paula Rossotti, se dedicaba a su hogar. Tuvieron 11 hijos, de los cuales cinco murieron en corta edad. El mayor era Felipe. La mamá quiso llamarlo con el nombre de su abuelo paterno.

Característica de familia era el trabajo y el espíritu de sacrificio. Cada noche se reunían para las oraciones y durante el invierno la mamá dirigía el santo rosario. La asistencia a la santa misa y a las vísperas del domingo eran para ellos prácticas comunes.

Había sido bautizado el 21 de febrero con el nombre de Felipe Antonio. Fue pastorcito. Por la mañana llevaba al pastoreo a sus vaquitas y por la

tarde iba al colegio. Contaba la mamá que el buen Felipe imitaba al párroco. En casa preparaba el altar y celebraba misa.

Sus estudios primarios los realiza en el pueblo. Luego va al Santuario de Vico Fonte (Escuelas Apostólicas) de Mondoví. Allí cumple con los cinco años de seminario y recibe al finalizarlos, la sotana. Después en Mondoví Piazza comienza el estudio de la filosofía en el seminario mayor. Sale Langhe distaba 35 km. Sus padres van mensualmente a visitarlo y a pagar la cuota correspondiente. Le llevan la ropa limpia, un poco de pan, alguna fruta y salame. En el mesón compran el vino, sacan a Felipe y procuran hacer una pequeña fiesta de familia. El camino de ida y vuelta lo hacen siempre a pie. Como deben salir muy de madrugada llevan siempre un farol, que apenas aclara, lo esconden entre los árboles para volverlo a buscar cuando regresan.

El, en el ocaso de su vida dirá confidencialmente: "El espíritu de pobreza lo aprendí de mis padres. Era delicado de estómago, mamá se quedaba trabajando en el campo y me mandaba a preparar la cena. Allí aprendí a cocinar. Nunca nos faltó nada, pero ellos me daban ejemplo de trabajo...". "Pagaban 15, luego 20 liras por mes en el colegio".

Del temple cristiano de su mamá quedan varios hechos de los que cito sólo dos: cuando ya sacerdote seguía recibiendo cartas de su buena mamá, ella con frecuencia le recomendaba: "Querido Felipe estoy contenta de que estés bien y recuérdate siempre de apartarte de los malos compañeros. Tu mamá.". Y otro conmovedor testimonio es el del año 1947. Había concluido el Capítulo General al que había asistido el P. Felipe como delegado de la Inspectoría. Va a Sale Langhe para despedirse de la mamá. "Mamá,

ahora debo regresar", a lo que ella respondió: "Vete, que allá está tu misión como aquí está la mía". De este feliz período de su vida, es decir de sus primeros años y los pasados en el seminario conservamos el testimonio del Obispo de Montreal, Monseñor Juan B. Ressia: "Durante todo el tiempo que el joven Felipe Salvetti permaneció con nosotros dio ejemplo de una vida y costumbres integerrimas como asimismo de piedad y de otras eximias dotes de alma".

Pero no pudo concluir la hermosa experiencia comenzada en el seminario. A los 18 años lo llamaron para la guerra. Forma parte del primer regimiento de Alpinos, batallón Ceva. Lucha en el monte Grappa. En una de las avanzadas, saliendo de las trincheras, muere un compañero al lado suyo alcanzado por una bala. Tenía de la guerra un recuerdo muy triste. Quizá, por eso, cuando se desató el conflicto en el Atlántico Sur él repetía: "**Ustedes no saben lo que es una guerra**" y hacía rezar para que se suspendiera enseguida. A él le dieron de baja el 20 de diciembre de 1920. Y nos cuenta: "**Regresé de la guerra en el tren militar y quedé un día en Turín. Llegamos tarde, perdí el tren que partía para mi pueblo y tuve que quedarme. Tomé el tranvía y fui hasta la terminal cuidando de no olvidar por donde pasaba**". Era el momento difícil de Italia, por eso, "**con un compañero planeamos venir a América a trabajar**". El compañero se quedará en Turín con su tío que lo hace entrar en el ferrocarril. Más tarde se hará salesiano e irá a Perú. El duda de salir para América pero son varios los del pueblo que están pendientes de su determinación para venir o no a América.

A principios de 1922 toma la decisión y sale el 22 de febrero de ese año para Buenos Aires, acompañado por Felipe Taramazzo, primo materno.

2.- EN AMERICA ENCUENTRA A DON BOSCO

Comenzó a trabajar con unos primos en los Mataderos de Buenos Aires. "Pero aquello duró muy poco... había mal ambiente... palabras, etc....". Siente hablar de los salesianos y los conoce por primera vez el 25 de abril de 1922 fecha en que comienza a frecuentar la capilla Italiana de Mater Misericordiae. Al pedir trabajo le dieron el ser empleado de cocina en el colegio Don Bosco de la calle Solís. Allí estuvo sólo un mes y pasó a desempeñarse como cocinero a Uribelarrea (San Miguel). Tenemos todavía un testigo de aquellos tiempos, el P. Francisco Di Modugno. El nos narra:

"En el año 1922 estaba yo en la casa San Miguel de Uribelarrea, siendo director el P. Pozzoli, el empleado Sr. Salvetti se desempeñaba como cocinero, pidió atender el gallinero y también la huerta. El Sr. Salvetti madrugaba, ayudaba la misa, comulgaba diariamente y lo hacía con edificante piedad. Su espíritu de trabajo era tal que le pido al P. Pozzoli sembrar y cultivar un terreno próximo a nuestra casa salesiana. Fue siempre de estilo muy austero en todos los detalles de su vida".

Es el peoncito que está en todo. "Allí se hizo más fuerte el llamado de la vocación. Pero quise quedarme trabajando un año para devolver a mi padre los gastos del viaje: 100 liras".

Mientras tanto crecía su deseo de entrega y escribe a su antiguo párroco de Sale Langhe. Este en su carta del 12 de noviembre de 1922 así le contesta: "Continúa en tu santo propósito; mi consejo es que secundes la santa inspiración. Del conjunto de circunstancias que acompañaron tu vida después de la guerra se puede deducir que es voluntad de Dios que te hagas religioso y salesiano".

El mismo padre Nicolás Campogrande y el mismo día envía un certificado a los superiores en el que atestigua la buena conducta tenida por el joven Salvetti y en el que dice pertenecer a una buena y honesta familia.

En la parroquia de Uribelarrea (San Miguel) transcurrirá, también, buena parte del año 1923. Hasta que llega el momento en que el P. Pozzoli lo envía a Bernal. Va al aspirantado con el deseo de ser hermano coadjutor. Pero los planes de Dios son diversos.

Dejemos que él mismo nos cuente: "El día 7 de octubre de 1923, día del santo rosario, partí de Uribelarrea para Bernal con el corazón contento y con el propósito de seguir la voluntad de Dios. Manifesté a los Superiores mis deseos y el día 30 de diciembre (aniversario de la muerte de D. Beltrami) el P. Director me anuncia que los superiores han decidido que debo proseguir mis estudios (Deo gratias et Mariae!), que me dan por modelo a Andrés Beltrami y me exhortan a ser piadoso y a hacerme santo. Delante de María Auxiliadora... tomo la resolución de hacer cuanto pueda para corresponder a la voluntad de Dios. Mi corazón está algo turbado pensando en el pasado pero mi Madre celestial, en cuyas manos me he abandonado, me proteje y no dejará de ayudarme. ¡Siempre adelante en el Señor!";

Y transcurren apenas cien felicísimos días de aspirantado hasta que el 25 de noviembre de 1923 escribe: "Reverendo P. Director: ya desde hace 18 meses conozco y vivo con los salesianos. Desde el principio me agradó esta vida... De inmediato me puse bajo la protección del Señor y de María Auxiliadora para conocer y seguir esta santa inspiración. En la paz y en la tranquilidad se reavivó en mí todo el amor por la vida religiosa... Obtenido

el pleno consentimiento de mis padres cuyo deseo desde pequeño ha sido consagrarme al Señor... Deseando ahora consagrar mi vida sin reservas al Señor y a la Virgen santísima en esta Pía Sociedad Salesiana, le presento mi humilde pedido a Usted para ser recibido en el noviciado como hermano. Espero, con la ayuda de María Santísima, perseverar hasta el fin de mi vida...".

Debemos hacer notar que el Sr. Salvetti pide ser recibido como hermano y si alguna duda nos quedara consta en el documento del capítulo de la casa, firmado por el P. Luis Correa Llano, que fue admitido al noviciado como clérigo. (Hay un signo de interrogación tachado posteriormente).

Apenas comenzado el noviciado el P. Director lo mandó al P. Santiago De Paoli, economista de la casa de Bernal, para que le preparara una sotana. El día de la vestición, ante la admiración de todos, hizo su ingreso por el fondo de la iglesia con la sotana entre sus manos. El novicio Salvetti imaginó que sería coadjutor debido a su edad y a la distancia que lo separaba de los libros, pero los superiores creyeron que podía retomar sus estudios. El quería entregarse plenamente. Como sacerdote o como coadjutor pasaba a un segundo plano. Quería quedarse con Don Bosco. Quizá haya que encontrar aquí las raíces de ese permanente amor que demostró por las vocaciones de coadjutores a lo largo de toda su vida. Pero la opción de fondo era la elección de Dios. Durante este tiempo el P. Pozzoli le escribe: "Sí, no tenga otra preocupación que la de santificarse; por lo demás, pensará el Señor".

Al fin del noviciado expresa su anhelo: "Es mi humilde y ferviente deseo consagrarme con todas mis fuerzas al servicio del Señor en esta Pía Sociedad, para entregarme con su ayuda a la santifi-

cación de mi alma y a trabajar por la salvación de otras muchas, si así dispondrá la voluntad de Dios". Resulta interesante leer y conocer sus propósitos de noviciado. He aquí solamente algunos de ellos:

- Pediré todos los días a María la pureza y humildad
- Estaré siempre dispuesto a dar catecismo
- Estaré siempre dispuesto a ir con los muchachos más abandonados
- Confianza con los superiores
- Amor filial y tierno a María Santísima. Confianza sin límites en ella
- Seré siempre obediente como un niño
- Seré exacto en la vida de comunidad
- Tendré sólo lo necesario y siempre bien ordenado
- El termómetro de la devoción a María es el rezo del santo rosario.

Conservamos del fin del noviciado una estampa-recuerdo que él mismo se escribió. Dice: "El amor se demuestra con el espíritu de sacrificio. Noverim me, noverim Te". Hizo la profesión religiosa en Bernal el 24 de enero 1925. (Algunos días después recibirá un pequeño escrito del P. José Vespignani que lo marcará para toda su vida. "Para que con la observancia religiosa se entregue enteramente al Sagrado Corazón de Jesús y a María Auxiliadora para cumplir santamente su misión según la obediencia").

Después de la profesión los superiores lo mandaron a la escuela agrícola La Trinidad. Eran aquellos años difíciles en que los estudiantes (clérigos) alternaban la más intensa vida de asistencia con algunos momentos dedicados al estudio. El Sr. Salvetti escribirá al P. Inspector: "Aquí tengo que tropezar con varias dificultades para seguir mis estudios". Con todo, él sigue cultivándose espiritualmente. Mantiene una relación fluida con su querido P. Maestro. Conservamos alrededor de diez res-

puestas del P. Esteban Punto al neoprofeso.

Pasó en La Trinidad, que comenzaba aquel año, dos intensos años y el tercer año de votos lo pasa en Bernal.

Se estrenaba como asistente y la Provincia quiso que nos quedara de aquellos años una hermosa carta del joven salesiano a la Santísima Virgen. Va escribiendo en la misma hoja algunos renglones por año. De aquí podemos deducir sus luchas interiores para formarse como buen salesiano.

En 1927: "Una gracia particularísima te pido Madre mía. Ayúdame a vencer mis arrebatos de ira. Enséñame a practicar la caridad pura y paciente. Enséñame a tratar con los niños y a infundirles... amor a Ti y a Jesús... Dame fuerzas para nunca quejarme de ellos y para que no sea la causa de que alguno pierda la vocación por culpa mía... Totus tuus sum ego María et omnia mea tua sunt".

El P. Jorge Serié lo admitirá para la profesión perpetua. Figuran como observaciones: "Muy bueno por el espíritu de piedad, trabajo y sacrificio". El día 28 de enero de 1928 hará su entrega definitiva al Señor en la Congregación. Y seguirá dando clase y estudiando hasta que llegó el año 1929 en que pudo dedicarse de lleno al estudio de la sagrada teología en San Nicolás.

De estos años nos quedan también sus cartas de petición para las sagradas órdenes. Es importante citar algunos de sus conceptos vertidos para conocer la intimidad de esta alma exquisita que crecía siempre más en su donación a Dios.

En 1928 hace la petición para el ostia-riado y lectorado: "Aconsejado por los buenos superiores y confiando en que Dios en su infinita bondad suplirá a mi indignidad y poca preparación... Me siento muy agradecido por todas las atenciones y so-

licitudes que se toman por mí y les aseguro que estoy siempre dispuesto a hacer con santa alegría cuanto determinen a mi respecto".

Al año siguiente, ya de preparación al diaconado, tuvo la alegría de recibir otra carta del P. Pozzoli. Le dice: "Si entre los entusiasmos no predomina ese de la propia santificación, se pierde el tiempo, aunque le parezca a uno de hacer mucho". Nos llama la atención que al fin del año en las observaciones para el diaconado encontramos sólo esta palabra: "Optimo".

Poco tiempo después hará la petición para el presbiterado al entonces P. Roberto Tavella: "Si lo cree bien en el Señor, solicio a S.R. me admita a recibir el sagrado orden del Presbiterado. Espero que Jesús y María que han empezado la obra, me ayudarán a ser fiel hasta la muerte a mis promesas, mis juramentos y mis obligaciones".

Dos días antes de la ordenación sacerdotal, el día de nuestro Padre Don Bosco, escribía en su libreta de apuntes: "Gracias que pido en mi primera misa". Transcribo algunos párrafos. "Salvar mi alma y que se salven todas las almas que confesaré y que Jesús confíe en mis cuidados. Te ofrezco mi voluntad, Jesús, ayúdame Tú a obedecerte siempre con la docilidad de un niño. Quiero ser en tus manos como un objeto de ningún valor y dejarme tirar donde Tú quieras. Jesús, Tú me has amado, me amas y amarás; yo quisiera haberte amado siempre, te amo y quiero con tu gracia amarte a Ti solo de aquí adelante y amar a las almas únicamente por Ti... María Santísima, Madre mía, ayúdame a conservarme puro por toda mi vida. Enséñame a amar a Jesús... Te espero en el momento de la muerte para que me acompañes al encuentro con Jesús. Mi sacerdocio es todo tuyo, Madre mía. Bienaventurado Padre Don Bosco dame

tu corazón para amar a los niños y no alejarme de ellos. Prepárame un lugarcito en el cielo contigo. ... ¡Oh Jesús! Ayúdame a hacerme santo, pronto santo y gran santo. Escucha mis anhelos. Me siento muy soberbio, con mucho deseo de aparecer y yo quisiera servirte olvidado de todos, despreciado para vivir y morir en tu corazón... Cúmplase en mí tu voluntad y solamente tu voluntad. ¡Oh Jesús! ayúdame a no negarte nunca ningún sacrificio".

Y quienes tuvimos la gracia de conocerlo creemos que el Señor le concedió las gracias pedidas.

Ya desde el año anterior reinaba en la familia y en todo el pueblo un gran gozo: Felipe sería sacerdote. Fue entonces cuando su buena mamá le escribió: "Siempre he rezado por esta intención, a saber, que si hubieras tenido la gracias de ser sacerdote, lo fueses no sólo de nombre, sino un verdadero sacerdote de almas. Debes creer que Dios y María Sma. te ayudarán en todos los peligros que podrás encontrar.

Recibió la ordenación sacerdotal en la Basílica de San Carlos el día 2 de febrero de 1930 de manos de Monseñor Felipe Cortesi, Nuncio de S. S. en la Argentina. Fueron padrinos de su primera misa: Felipe Taramazzo y Miguel Ferrero, primos maternos.

3. SERVIDOR DE LA CONGREGACION

Y a partir de aquí comienzan cincuenta y cuatro fecundísimos años de vida sacerdotal plasmada a la luz de grandes salesianos educados en la escuela de Don Bosco. Había elegido como lema de su vida sacerdotal un texto de la Imitación de Cristo "Hijo, trabaja con fidelidad en mi viña, Yo seré tu premio" (III, XLVII). Y, en uno de sus cuadernos de apuntes

encontramos escrito: "Buscaré siempre de amar con todas mis fuerzas a la madre Congregación en todos sus miembros. Rogaré siempre por todos y los amaré a todos como buenos hermanos en Don Bosco y no murmuraré jamás de ninguno".

Siente que la viña donde tiene que gastarse es la Congregación y con una disponibilidad total. También entresacamos de sus apuntes personales: "Estoy donde Dios quiere, hago lo que Dios quiere, padezco lo que Dios quiere, acepto lo que Dios quiere".

Su primer campo de apostolado sacerdotal fue la asistencia de Bernal (casa de formación). No dudaría en afirmar que esta etapa está profundamente marcada por una palabra: OBSERVANCIA. Pero una observancia que tenía sus raíces en las más profundas convicciones de vida virtuosa que se manifestaba en una gran regularidad. "La regularidad del horario en el levantarse, en las oraciones, en las comidas, en los recreos, en los paseos y en el descanso es índice seguro de seriedad, orden, estudio, moralidad y sólida piedad". Esta observancia lo lleva al exacto cumplimiento de su deber de asistente. Era severo y justo. A pesar de ser más de cincuenta años los que nos separan de aquel tiempo todavía recuerdan los que lo conocieron entonces, el empeño que ponía en todo, particularmente en el patio, donde podía entenderse que por su edad y su pasado buscara una forma de asistencia más tranquila. No; él, fiel hijo de Don Bosco esto no lo hubiera admitido. Corría durante todo el recreo y dotado de notable puntería hacía exclamar a los aspirantes: "Se nota que estuvo en la guerra...". Y también durante estos años se iba plasmando el hombre de Dios. Se siguió escribiendo con los Superiores. De aquellos años conservamos más de treinta entre tarjetas y cartas de los

primeros hijos de nuestro Padre D. Bosco. Del cardenal Cagliero, del P. Felipe Rinaldi, del P. Jorge Serié y del P. José Vespignani. Todos escritos empapados de Don Bosco. El quería hacer todo como lo pedía Don Bosco. La libreta de notas de sus alumnos de entonces está precedida por los avisos de D. Bosco a los asistentes.

Por su observancia y su espíritu de trabajo, los superiores le confiaron en 1934 el economato de la casa de Bernal. Después de tres años pasa a ser Director y Párroco de la casa de General Pico (La Pampa) y después de un año recibe la obediencia de trabajar en la Parroquia de San Carlos (Bs. As.) hasta que en 1940 es nombrado Maestro de novicios.

Escribe un salesiano: "Era yo estudiante de teología y vino el P. Salvetti, recién nombrado Maestro de novicios, a predicarnos los Ejercicios espirituales. Tenía fama de hombre riguroso y severo. Sin embargo nos impresionó a todos por su bondad al confesarnos y por sus instrucciones que fueron totalmente extraídas de las Memorias Biográficas".

Quienes lo habían conocido en Bernal se hacían lenguas del cambio de su carácter. Fue también el primer Maestro de novicios en Morón (Bs. As.). Allí todo comenzaba; había que trabajar fuerte y era edificante ver al P. Maestro empuñando la mancera del arado, labor fatigosa, mientras los novicios debían tirar del mismo. Elegía la parte más dura pero que él bien conocía.

Conservamos una estampa de aquel tiempo en que le escribe a un novicio: "La igualdad de carácter y de sentimientos te librará de muchos desalientos y amarguras... Don Bosco, Don Bosco, Don Bosco para ir a María y al Corazón de Jesús".

Nos quedan algunas conferencias escritas por él. Presento extractos de un de una y que pueden

servirnos para edificación: "Imitar quiere decir entrar en cierto orden de ideas, en una determinada tendencia de espíritu, cumplir un esfuerzo para caminar en una dirección. Ahora bien, en la vida de D. Bosco es necesario imitar particularmente su heroica fidelidad al deber de todos los momentos así como en la sucesión de ocupaciones diarias se presentaban. El estaba siempre listo para dedicarse al último encuentro, al último pedido. Estaba dispuesto para todo y para todos, como si cada uno y cada cosa fueran la única cosa y la única persona. Ahora bien, responder con devota rapidez al deber, cualquiera él sea y a todo lo posible es nuestra obligación. Hacer nuestro deber: éste es el fondo de toda santidad. O salesianos santos o no salesianos. ¿Qué tipo de santidad quería Don Bosco? Aquella que es fruto de fidelidad a las pequeñas cosas".

El ama a Don Bosco y ama a los novicios. Quiere transmitirles el genuino espíritu y los confía a María. "Soy tuyo. En tus manos todo lo que puedo. Tú... comienza, perfecciona, termina...".

En el año 1943 debe regresar nuevamente a Bernal. Pero ahora como Padre Director. Allí quedará seis años. También ahora se esforzaría por seguir a Don Bosco con la nueva obediencia: ser el P. Director.

La mayor parte del día lo pasaba en la dirección. Ese era su lugar habitual y casi permanente. Allí esperaba a niños y salesianos que deseaban encontrarse con él. Mientras tanto leía. "Nos impresionaba su amor por la lectura, sobre todo el Osservatore Romano y las Memorias Biográficas.

Tomaba apuntes para las conferencias, buenas noches y homilías que preparaba con verdadera dedicación y hasta diría, devoción". Dentro de la Dirección, dice otro salesiano, "nos atendía como un

padre, siempre con una inalterable sonrisa, durante todo el tiempo que necesitábamos hablar con él. Sin prisa, sin sobresaltos, sin hacer otra cosa más que mirarnos con afecto paterno y con un dejo de gozo".

Era la presencia de Dios en la casa: en los recreos salía de la dirección para estar con los muchachos. "Lo rodeábamos, charlaba y sonreía gustosamente ante nuestros chistes y bromas, pero seguía atentamente todo lo que pasaba en el patio". Antes de retirarse a descansar recorría la casa y los dormitorios, siempre con el rosario en las manos. El cumplía lo mejor que podía con su deber. Este era su servicio a los demás. Pero, seguía siendo austero.

Con frecuencia iba a rezar misa a la comunidad de las Hijas de María Auxiliadora; la hermana sacristana con toda delicadeza le preparaba el desayuno con algunas galletitas, hasta que un día sintió al P. Director que le decía: "**Hermana, yo hice la guerra. A mí no me ponga galletitas, póngame pan**". Al mismo tiempo se lo veía profundamente humano y sabía gustar un vaso de buen vino o recordar con placer a viejos amigos.

Pero, lo que puede identificar a esta etapa de su vida es el don de la PATERNIDAD. La había aprendido de Don Bosco de quien hablaba continuamente. He podido recoger en tal sentido dos valiosos testimonios que nos hablan claramente de este don. "Era el año 1947, mientras él estaba en Italia como Delegado al Capítulo General, murió mi padre. Yo era un chico de tercer año de latín. A su regreso me encontró de paso cuando se dirigía a vestirse y rezar la santa misa dominical a los papás de los aspirantes reunidos ese día en Bernal. El me dijo: ¿Rezaron alguna misa por tu papá aquí en casa? No, padre -le respondí- El en la homilía señaló que

esa misa la rezaba por papá, fallecido mientras él estaba en Italia. Esta paternal delicadeza era, para mí, su característica principal". Y otro salesiano: "El día que murió mi padre, el P. Salvetti corrió, junto conmigo, al lecho en que papá agonizaba. Yo no vi al Padre junto a mí pero al expirar papá oí la voz de mi madre que le dijo al P. Salvetti: "Padre, ahora el chico ha quedado sin padre... hágale Usted de padre, por favor" y se echó a llorar. "Sí, señora, lo haré" le respondió. Desde aquel momento sentí su caridad paternal y lo amé mucho porque fue mi padre en Cristo que reemplazó al otro papá según la carne y el amor".

Tanto le había dado Dios este don de paternidad que un salesiano llegó a decir: "No he conocido a Don Bosco, pero me lo imagino como al P. Salvetti".

De Bernal la obediencia lo destina a un nuevo campo de apostolado: Institución Juan Segundo Fernández (Boulogne, San Isidro). Era ésta la casa de formación de los hermanos coadjutores. El clima de la comunidad era heterógeno pues estaba constituido por hermanos de diversas inspectorías de América. Los superiores mayores veían y seguían con sumo interés esta prometedora experiencia. Tanto es así que habían enviado a varios coadjutores, como maestros y técnicos, provenientes de las inspectorías de Italia. Se llegó a llamar a aquella casa y comunidad jocosamente "la piccola Italia".

Estará al frente de dicha comunidad por nueve años y que fueron felices y fecundos lo atestiguaban aquellos dichosos moradores que con él compartían la jornada salesiana. Se levantaba a las cinco de la mañana para ir a rezar misa fuera, al Hogar de ciegos distante unas cuantas cuadras y que él naturalmente hacía siempre a pie. Después pasaba

el día entre la dirección y los talleres. Si había alguna excepción era para descargar los camiones de hierro o canto rodado con que se podía avanzar la construcción.

Los quería entrañablemente, trabajaba a la par de ellos y los consultaba. Soñaba con el futuro aspirantado de coadjutores. Ellos, a su vez, sentían que los amaba. En determinadas fechas él organizaba un paseo para toda la comunidad y él permanecía en casa para que ellos gozaran. Tenía dos lugares donde solía cerrar la intensa jornada: o los pies del sagrario o en el comedor esperando que llegara el último an. a quien servía cariñosamente. Y un vaso de vino licoroso concluía la tardía cena alegrando el encuentro.

Quienes lo conocieron aquellos años recuerdan su austerdad. "Nunca lo vimos "farrista", sino más bien serio. Severo consigo mismo, solía repetir "**Tengo que dar buen ejemplo**". Ejemplar su silencio. Nunca hablaba del prójimo ni bien ni mal. Sencillamente de los demás no hablaba, al punto de poder afirmar que no se sabía lo que pensaba. Varias veces lo oímos decir: "**En boca cerrada no entran moscas**".

Entre tanto seguía creciendo su vida de intimidad con Dios. Figura en su libreta espiritual el siguiente propósito: "**Amar a Jesús con un amor práctico de suerte que nuestros actos en conjunto y en detalle no se propongan sino agradarle**".

Y así llegamos a 1958, cuando los superiores le pidieron se hiciese cargo de la Parroquia de San Juan Evangelista en la Boca.

4.- PRIMER INSPECTOR EN LA PLATA

En 1956 la Inspectoría de Buenos Aires era

muy extensa y comprendía 32 comunidades. La nueva Inspectoría abarcaría parte de la provincia de Buenos Aires y de la provincia de La Pampa que por aquel entonces pertenecía a la Inspectoría de Córdoba.

Durante el año 1957 se estudian algunos proyectos y propuestas y hay cambios de opiniones entre los P.P. Inspectores y el Consejo Superior sobre las comunidades que abarcarían las distintas Inspectorías pero lo que en ningún momento se discutió fue el nombre de quien presidiría la nueva Inspectoría que habría de crearse: el P. Felipe Salvetti. El Acta de elección como inspector está fechada en Turín el 9 de agosto de 1958 y dos días después el P. Ignacio Minervini envía desde Turín al P. C. Silva el siguiente telegrama: Salvetti, Inspector, La Plata".

El todavía estaba en la Boca. Al conocerse la noticia un P. Director de La Pampa fue a saludarlo y lo encontró en el recreo asistiendo. A quien lo felicitaba por el nombramiento solía responder: "**Serán más dolores de cabeza...**". Pero, si él estaba preocupado había quienes gozaban y éstos eran sus salesianos.

"Mi mejor recuerdo de la Inspectoría, escribió Mons. Argimiro Moure, es la respuesta que su primer Inspector, el queridísimo P. F. Salvetti, provocó en los hermanos al conocerse la erección de la misma en las estrechas condiciones económicas y de personal con que nacía...". Y escribe Mons. Miguel A. Alemán: "Los primeros años de esa rama desgajada de la Inspectoría San Francisco de Sales, fueron muy difíciles en todos los órdenes; pero, tuvo un hombre que considero providencial, el P. Felipe Salvetti. Fue el hombre que recorriendo incansablemente la Inspectoría y cada una de las casas

fue el elemento aglutinante de ese mosaico... y a pocos años adquirió una fisonomía que creo no ha perdido....".

El P. Pozzi, testigo de aquel tiempo, nos dice: "Todo era nuevo y estaba por hacerse... Comenzó, entonces, el incesante peregrinar del querido P. Salvetti para solucionar problemas de personas y comunidades a fin de consolidar la Inspectoría naciente ¡Cuántos viajes! ¡Cuántos diálogos! ¡Cuánta paciencia para tranquilizar a unos, alentar a otros, conformar a todos!".

El P. E. Hernando nos recuerda: "Las comodidades eran mínimas, pero él soportaba con suma paciencia la precariedad de locales que se habían podido asignar: una sala grande (la antigua enfermería del Sdo. Corazón) y pare Ud. de contar; allí funcionaba todo lo que había: secretaría y economato. Debieron ser para él años heroicos y de sacrificio; aún ahora no acierto a imaginar los recursos con que se manejaba".

Estos testimonios que nos hablan de la grandeza de este hombre marcaron sus siete largos años de Inspector. Me limito ahora a transcribir hechos de vida narrados por los salesianos. "Lo he visto viajar dos noches seguidas a La Pampa en tren sólo para hablar con un salesiano". "Me impresionó su extrema reserva al tratar casos de algunos salesianos. Me refiero a los momentos en que, como secretario, me tenía que dar algún dato de carácter confidencial". "Era su chofer y recuerdo mucho su puntualidad. Cuando le cambiaron el auto por un Fiat 1500 pasó varios meses sin usarlo y decía **"Es demasiado lujo para mí"**". Siempre buscaba algún momento para visitar a las Hijas de M. Auxiliadora". "En General Pico teníamos un soldado (hoy sacerdote) que se desempeñaba como sacristán y cocinero. Después

del almuerzo nos mandaba a descansar. Cierta vez cuando volví a la cocina estaba el P. Inspector lavando los platos con aquel muchacho. Le dije: "Pero, Padre..." y él me contestó: "**lo hice por varios años.. era mi oficio de Uribelarrea, a ello le debo mi vocación**". Después supe, por el soldado, que lo había hecho muchas veces". "Recuerdo siempre su amor por los más alejados del centro. A poco de ser nombrado viajó a Córdoba para conocernos a nosotros, los aspirantes pampeanos". "Nos hacía mucho bien la gira de Navidad. La dedicaba a los que teníamos la familia lejos. Nos traía pan dulce, higos, etc. que le regalaba su buen hermano. Por estar con nosotros a él (su hermano) lo visitaba una semana después". "Admiré en él su capacidad de diálogo. No imponía sino que dialogaba pacientemente. Pedía las cosas con tal respeto y amabilidad que nos invitaba a buscar juntos la voluntad de Dios".

Se preocupó en todo momento por su propia formación permanente. La asidua lectura del Osservatore Romano y la participación en el Curso de Catequesis del 1 al 20 de julio de 1966. ¡Qué impresión nos causaba verlo a él, el P. Inspector, en el primer banco tomando nota de lo que decían el P. Víctor Gambino y el P. Luciano Borello. Vivió y nos hizo vivir cada etapa del Concilio.

Estaba, además, dotado de una notable visión de futuro. Quería que un salesiano estudiara sociología para entender el contexto en que están enclavadas nuestras obras. A otro le ofreció la posibilidad de un auto personal mientras fuera estudiante en la universidad para que pudiera cumplir con lo que se le exigía. Quiso comprar el actual terreno de la Casa de Ejercicios. Hubiera deseado adquirir una casa quinta con pileta para las vacaciones de los salesianos. Le dijo a un salesiano, hablando de

los laicos: "Debemos dejarnos ayudar. Dios siempre pone a nuestro lado almas buenas dispuestas a colaborar. Hay que saberlas descubrir". Y con ese sentido práctico que lo caracterizaba, a un salesiano que le preguntó con qué medios, cuáles son los medios para que una casa marche bien, él le respondió: "Hacer bien lo que se hace mal. Hacer lo que se dejó de hacer. Dejar de hacer lo que está probado que no sirve para la causa de Dios y de la Iglesia".

Y así transcurrió su segundo ministerio de Inspector: rezando, escuchando y visitando. Comenzaban los tiempos difíciles del posconcilio y llegó a formular esta confidencia: "Estoy viejo. Quiero retirarme. Muchas cosas ya no las entiendo". Fue nombrado el P. Emilio Hernando como Inspector y él quedó sencillamente a sus órdenes.

5. EL GRAN CONFESOR

En 1967 lo encontramos en Villada (Córdoba) y como confesor de los estudiantes de teología inició esta nueva etapa, nueva y larga, de su vida. De inmediato se puso a disposición del P. Director. Ya en el mes de julio eran doce los lugares entre comunidades, parroquias y colegios que gozaban de su presencia. Ahora su entrega tenía un rostro bien definido: ser imagen de la misericordia de Dios para con sus hermanos. Y le parecía que hacía muy poco. Escribe a su P. Inspector: "Mi trabajo en Villada es siempre muy limitado. Algunos días de la semana los ocupo bastante bien en la ciudad". Ya nos encontramos en 1968. El clima de aquella casa, para él se hacía difícil. "Soy el único viejo entre tanta gente joven y desentonó".

Al conocer su situación, el P. Emilio Hernando lo consulta sobre el posible regreso a la Ins-

pectoría y él responde: "Estoy en las manos de Dios. Hasta que El quiera y en donde quiera haré todo lo que pueda". También durante ese tiempo se brindó sin medida por los otros. Se enteró que un hermano salesiano, el Sr. Lucas Kloster, había sufrido en Tucumán un grave accidente. Allá fue para asistirlo en su dolor.

En 1969 va de párroco a Don Bosco y después pasa de Vicario Cooperador a la Parroquia del Sdo. Corazón en La Plata. La Basílica y más de doce comunidades religiosas de la ciudad gozaron durante quince años de su fecundo sacerdocio. De este período no figuran grandes acontecimientos más que los incansables viajes con frecuencia, todavía de noche en que lo veíamos tomar los colectivos para llegar a tiempo a cada comunidad. Noche, frío, lluvia, nada era impedimento para poder servir a las almas.

Y otro recuerdo imborrable era verlo diariamente en la Basílica. Incansable, comprensivo y profundamente humano esperaba pacientemente junto a su confesonario. Su grandeza consistió en inmolarse y entregarse día a día a lo largo de tantos años en la humildad, en el silencio y en la oración.

Vivía habitualmente absorto en Dios. ¡Cuántos sacerdotes, religiosos, religiosas, almas en tensión hacia la santidad y angustiadas por sus continuos fracasos! Allí estaba él. Todo lo escuchaba, todo lo comprendía y a todos animaba. Por su orientación iluminada son muchos, hoy, los que han formado un hogar cristiano o se han consagrado a Dios. "Hace años, en una confesión, me propuso entregarme a Dios enteramente. Hoy tengo la inmensa dicha de ser (religioso) salesiano".

Como gran conocedor de Don Bosco tuvimos la alegría de que pasara unos días con los posnovicios en General Pirán. Era el año 1976. La mañana

la pasábamos con él que gozaba narrándonos hechos de vida salesiana. Conservamos de aquel tiempo algunas respuestas que nos dicen de su sentido salesiano ¿A Don Bosco le interesaban los títulos académicos? "Sí, pero quería que nadie estudiara para sí mismo sino para la misión que Dios nos dio. Tener títulos y después estar dispuestos a ir a cualquier parte...". ¿Qué quería Don Bosco de sus jóvenes salesianos? "Que trabajaran de buena gana, que fueran de buen corazón, que tuvieran una moralidad segura". ¿En qué consistía el clima especial del Oratorio? "En la conciencia serena, caridad, oración y preocupación por las almas". ¿Cuáles le parecen hayan sido los pilares de la santidad de Don Bosco? "Creo que eran la sencillez, la presencia de Dios y la confianza en María". Sentíamos que eran respuestas sólidas, verdaderas porque él las había vivido y experimentado.

Y porque sabía de la importancia de la instrucción religiosa fue un incansable propagador de libros, folletos y revistas que alimentan una mentalidad cristiana. De su modesta oficina han salido miles de escritos con que pudo llegar a tantos hogares.

Hasta que comenzó a deteriorarse su salud. ¿Cuál era su enfermedad? La misma de Don Bosco. Así dijeron los médicos: es un organismo muy gastado.

6.- LA PRUEBA FINAL

Sin recibir ninguna orden comenzó poco por vez, a vivir una nueva obediencia. Debía dar gloria a Dios con su enfermedad. En los últimos años hubo momentos muy duros. Comenzó a perderse, a aludir a hechos del pasado pero sin tener conciencia histórica. Pero sus convicciones habían echado raíces. El

momento más dramático tiene que haber sido la prohibición recibida de no salir de casa. No quería que lo llevaran y temía algún accidente durante los viajes en colectivo. Aún en los últimos inviernos se levantó temprano y bajó a la Basílica. El debía estar allí. Y después del almuerzo permanecía en el patio asistiendo a los muchachos.

Pero él sentía que el fin se acercaba. En 1983 escribía a su hermana: "Todavía algo puedo escribir. Salúdame a todos. Rogaré siempre para que os hagais buenos y después en el Paraíso haremos hermosas fiestas con Jesús y con la Virgen. Saluda a la familia, no se olviden de mí porque cada día estoy más anciano. Todavía trabajo un poco y espero trabajar más. Saludos a toda la familia y recen siempre por mí. Yo rezo por todos. Arrivederci in Paradiso, Afmo. en Jesús y María. Sac. Felipe Salvetti". Esta, la última carta que de él conservamos tiene sabor a despedida.

Después comenzaron las internaciones. Fue ante los cuidados médicos que descubrimos algunos problemas de salud que debían causarle grandes molestias, particularmente al caminar; jamás había dicho nada a nadie. Muchos son los testimonios recogidos durante las largas horas que salesianos prenovicios y laicos escucharon de sus labios. "Con mi enfermedad me uno a los sufrimientos de Cristo". "Voglio veder Dio"; "Busquemos a Dios, sólo a Dios"; "En el dolor hay momentos muy difíciles"; "Cuando no se puede rezar hay que estar tranquilos: Dios sabe por qué"; "El dolor prepara para el cielo".

Doy gracias a Dios por los momentos que pude pasar con él. De él había recibido mucho, lo consulté en varias oportunidades y hubiera querido tenerlo siempre a mi lado. Poco tiempo antes que el Señor lo llamara fui a verlo y pedirle oraciones por

los Ejercicios de los hermanos. El me dijo: "¿Cuándo comienzan?", Esta tarde respondí. El hizo ademán de levantarse. Nos costó bastante convencerlo de que no podía moverse. Quería estar con la comunidad. Otra vez dijo: "Nunca tuve un día triste en la Congregación. He trabajado por Dios". A la pregunta ¿Cómo ve a la inspectoría? "La noto con más caridad en las comunidades. Somos pocos, trabajamos más y ayudamos más".

En el último encuentro, aludiendo a los achaques de la vejez y de sus enfermedades me dijo: "Con todo esto estoy pagando el Paraíso. Y, tú ¿cómo vas? Io sono stufo. Pero quiero hacer bien la voluntad de Dios. Pero me da pena no poder trabajar, ya no hago nada". A lo que respondí: "Pero Usted reza por nosotros y nos da ejemplo". "Sí, eso sí y espero poder hacerlo hasta el fin".

Hermanos: quiero agradecer cordialmente al querido P. Juan Velazco, al P. Heraldo Gómez y demás hermanos de la Comunidad del Sagrado Corazón por las frecuentes pruebas de amor filial que tuvieron para con el queridísimo P. Felipe Salvetti.

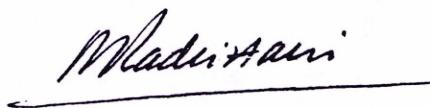
Agradezco asimismo a las beneméritas Siervas de Jesús que tan cariñosamente lo asistieron a todas horas y a la Comunidad de las Hermanas Canesianas del Hospital Italiano. Agradezco a la Dra. Lucía Lhuillier, al Dr. Angel Garone y al Dr. Hugo Pérez Salas, al Dr. Pablo Marinucci y médicos del Instituto Central de Medicina, al Dr. Jorge Grau y médicos del Hospital Italiano y finalmente a la Sta. Irma Caraca y Sra. Isolina Lacout los innumerables cuidados y el cariño con que lo acompañaron. Que el buen Dios les pague con generosidad y retribuya tantas atenciones dispensadas al Padre.

Acompañamos fraternalmente a su hermano Angel y señora y les agradezco el testimonio de fe vigorosa que en todo momento demostraron.

CONCLUSION:

El 26 de setiembre de 1929 el P. José Vespignani escribía al clérigo Felipe Salvetti: "...viendo la imagen del beato D. Bosco anciano, me he confirmado en mi idea que el Don Bosco de la Argentina debe ser el que figura en la expedición (primera) entregando las Santas Reglas a D. Cagliero. Es sumamente significativo e histórico". El P. Juan Velazco al fin de la misa de cuerpo presente nos dijo: "Nos será fácil recordar su imagen; no harán falta fotografías porque cada vez que leamos las Santas Reglas lo veremos presente, porque cada artículo que vayamos meditando, rezando, nos irá delineando los caracteres humanos y religiosos del querido P. Salvetti...". Y Felipe Salvetti novicio escribía el 3 de abril de 1924: "Hoy es el día del cincuentenario de la aprobación de las Reglas. He tomado la firme resolución de observarlas siempre con todo mi empeño, especialmente en las cosas más pequeñas... Que el Señor me ayude a ser santo".

Señor Jesús que en una prueba de amor hacia nosotros nos has dado una espléndida Regla de Vida y a este salesiano excepcional que supo vivirla con coherencia durante su fecundo ministerio, danos por su intercesión, un amor tan grande hacia nuestro Padre Don Bosco que nos lleve a amarla y practicarla cada día para mostrar a los jóvenes que tu Proyecto de salvación es capaz de llenar nuestro corazón y toda nuestra vida.



Agustín Radrizzani

INSPECTOR

Datos para el necrologio: Sac. FELIPE SALVETTI,
Nacido en Sale Langhe (Cúneo - Italia) el 20 de enero de 1889. Muerto en La Plata el 7 de agosto de 1984 a 85 años de edad, 59 de profesión religiosa y 54 de sacerdocio. Fue Inspector por 7 años.

Inspectoría Salesiana Ntra. Sra. de Luján - La Plata Argentina
